tanto otra forma, otro discurso, y otra maña hemos de tener, que Córdova y Grijalba, de la cual no quiero disputar por la estrechèz del tiempo que nos da priesa; aunque allá harémos lo que viéremos, y aquì yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos; pero la virtud no quiere ociosidad. Por tanto, si quereis, llevad la esperanza por virtud, ó la virtud por esperanza, y si no me dejais como yo no os dejarè á vosotros ni á la ocasion, os harè en breve espacio de tiempo los mas ricos hombres de cuantos jamas acá pasaron, ni cuantos en estas partes siguieron las guerras. Pocos sois, ya lo veo, mas tales de ànimo, que ningun esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos, que experiencia tenemos como Dios siempre ha favorecido en estas tierras á la nacion española, y nunca le faltó ni le faltará virtud ni esfuerzo: conque asì id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el principio de èl. Amén.

CAPITULO 9.°

La entrada de Cortés en Azucamil.

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas, y admiracion de su persona, y les introdujo tanta gana de pasar con él á aquellas tierras apenas vistas, que les parecia ir no á guerra, sino á victoria y presa cierta. Se alegró mucho Cortés de ver la gente tan contenta y deseosa de ir con él á aquella jornada, y así se entró luego en su náo capitana, y mandó que todos se embarcasen de presto, y como vió buen tiempo se hizo á la vela, habiendo primero oido misa y rogado á Dios le guiase, aquella mañana, que fué á diez y ocho dias del mes de febrero del año de mil quinientos diez y nueve de la Navidad de Jesucristo Redentor del mundo. Estando en la mar dió nombre á todos los capitanes y pilotos como se usa, el cual fué de S. Pedro Apòstol su abogado: avisólos que siempre fuesen á vista de la capitana en que él iba, que llevaba en ella un gran farol por señal y guia del camino que habian de hacer, el cual era casi Leste, ó Este de la punta de S. Anton, que es lo postrero de Cuba para el cabo de Cotoche, que es la primera punta de Yucatán, donde habian de ir á dar derechos, para despues seguir la tierra costa á costa entre Norte y Poniente La primera noche que se partió Fernando Cortés, y que comenzó á atravesar el golfo que hay de Cuba á Yucatán, y que tendria pocas mas de sesenta leguas, se levantó Nordeste con recio temporal, el cual derrotó la flota, y así se derramaron los navios, y corr ó cada uno como mejor pudo; y por la instruccion que llevaban los pilotos de la via que habian de hacer, navegaron y fueron todos, menos uno á la isla de Azucamil, aunque no fueron juntos ni á un tiempo. Las que mas tardaron fueron la capitana, y otra en que

iba por capitan Francisco de Morla, que por descuido ó flojedad del timonero ó por la fuerza del agua mezclada con viento, se llevò un golpe de mar el gobernalle al navio de Morla, el cual para dar à entender su necesidad, hizò un farol desparramado. Cortés como lo vió arribò sobre él con la capitana, y entendida la necesidad y peligro, amainò y esperó hasta ser de dia para concertar con los de aquel navio, y para remediar la falta. Quiso Dios que cuando amaneciò ya la mar estaba en bonanza, y no andaba tan braba como en la noche, y en siendo de dia miraron por el gobernalle que andaba al rededor entre las dos naves. El capitan Morla se echó à la mar atado de una soga, y á nado tomò el timon y lo subieron, y asentaron en su lugar como debia estar, y luego alzaron velas. Navegaron aquel dia y otro, sin llegar á tierra ni ver vela ninguna de la flota, mas luego al otro llegaron á la punta de las mugeres, donde hallaron algunos navios. Mandòles Cortés que le siguiesen, y èl enderezó la próa de su náo capitana á buscar los navios que le faltaban, àcia donde el viento y tiempo los habia podido echar, y así fué à andar en Azucamil, y los halló, ecepto uno, del cual no supieron en muchos dias. Los de la isla tuvieron miedo, y alzaron su atillo, y se metieron en el monte. Cortès hizo salir à tierra á un pueblo que estaba cerca, de donde habian surgido cierto número de españoles, los cuales fueron al lugar que era de canteria, y buenos edificios, y no hallaron persona en èl; pero sí en algunas casas ropa de algodon, y algunas joyas de mucho precio. Entraron asimismo en una torre alta de piedra junto á la mar, pensando que hallarian dentro hombres y hacienda; pero ella no tenia sino dioses de barro y canto. Luego que volvieron dijeron á Cortés como habian visto muchos maizales y praderias, colmenares, y arboledas y frutales, y diéronle algunas cosillas de oro y algodon que traian. Alegróse Cortés con aquellas nuevas, aunque por otra parte se maravilló que hubiesen huido los de aquel pueblo, pues no lo habian hecho cuando vinó allí Juan de Grijalba, y sospechó que por ser mas sus navios que los del otro tendrian mas miedo; temiò tambien no fuese ardid para tomarle en alguna zalagarda, y mandò sacar á tierra los caballos á dos efectos, para descubrir el campo con ellos, y pelear si se ofreciese, y si no para que pastasen y se refrescasen pues habia donde. Tambien hizo desembarcar la gente, y enviò muchos á buscar la isla, y ciertos de ellos hallaron en lo muy espeso de un monte cuatro ó cinco mugeres con tres criaturas que le trajeron; ellas no entendian, ni él las entendia; pero por los ademanes y cosas que hacian, conocieron que la una de ellas era señora de las otras y madre de los niños. Cortés la halagó entonces que lloraba su cautiverio, y el de sus hijos, vistióla como mejor pudo á la manera de España, diò á las criadas espejos y tijeras, y á los niños algu-

nos diges conque se holgasen; en lo demas tratóla honestamente. Tras de esto ya que queria enviar una de aquellas mozas á llamar á el marido y señor para hablarle, y que viese que bien tratados estaban sus hijos y muger, llegaron algunos isleños á ver lo que pasaba por mandado del señor *Calachuni*, y saber de la muger: dióles Cortès algunas cosillas de rescate para sì, y otras para el *Calachuni* su señor, y los volviò à enviar para que le rogasen de su parte y de la muger, que viniese á verse con aquella gente de quien sin causa huia, que èl le prometia, que ni persona ni casa de la isla recibiria daño ni enojo de aquellos sus compañeros. El *Calachuni* como entendió esto, y con el amor de los hijos y muger, se vino al otro dia con todos los hombres del lugar en el cual estaban ya muchos españoles aposentados, que no consintiò que se saliesen de las casas, antes mandó que los repartiesen entre sí, y los proveyesen muy bien de allì adelante de mucho pescado, pan, miel y frutas. El *Calachuni* habló á Cortés con grande humildad y ceremonias, y así fué muy bien recibido, y amorosamente tratado; y no solo le mostró Cortés por señas y palabras la buena obra que los españoles le querian hacer, sino por dádivas, y así le dió á él, y á otros muchos de aquellos suyos cosas de rescate, las cuales aunque entre nosotros son de poco valor, ellos las estiman mucho, y tienen en mas que al oro, tras que todos andaban. Demas de esto mandò Cortés, que todo el oro y ropa que se habia tomado en el pueblo lo trajesen ante sí, y allí conoció cada isleño lo que era suyo, y se le volvió, de que no quedaron poco contentos, y maravillados. Aquellos indios fueron muy alegres y ricos con las cosillas de España por toda la isla á mostrarlas á los otros, y mandarles de parte del señor *Calachuni*, que se tornasen á sus casas con sus hijos y mugeres seguramente y sin miedo, por cuanto aquella gente extrangera era buena y amorosa. Con estas nuevas y mandamiento se volvió cada uno á su casa y pueblo, que tambien de otros se habian ido como los de éste, y poco á poco perdieron à los españoles el miedo que tenian, y de esta manera estuvieron seguros y amigos, y proveyeron abundantemente al ejército todo el tiempo que en la isla estuvo, de miel y cera, de pan, pescado y fruta.

CAPITULO 10

De como de Acuzamil *dieron nuevas á Cortés de Gerónimo de Aguilar que fué intérprete de los españoles.*

Como Cortés vió que estaban asegurados de su venida, y muy domésticos y serviciales, pensó de quitarles los idolos, y darles la cruz de Jesucristo, y la imágen de su santísima Madre y Vírgen Santa Maria, y para esto hablóles un dia por

la lengua que llevaba, la cual era un Melchór que llevó Francisco Hernandez de Córdova; pero como era pescador era rudo, ò por mejor decir simple, y parecia que no sabia hablar, ni responder. No obstante les dijo que les queria dar mejor ley y Dios de los que tenian: respondieron que muy enhorabuena, y así los llamó al templo, hizo decir misa, quebró los dioses, y puso cruces è imágenes de nuestra Señora, lo cual adoraron con devocion, y mientras allí estuvo no sacrificaron como solian. No se hartaban de mirar aquellos isleños nuestros caballos y nàos, y asì nunca paraban de ir y venir, y tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban á tentarlos, y hacian señas con las manos ácia Yucatán, de que estaban allá cinco ò seis hombres barbados muchos soles habia (que así llamaban á los españoles). Fernando Cortès considerando cuanto le importaria tener buen faraute para entender, y ser entendido el lenguage, rogò al cacique *Calachuni* le diese alguno de los indios que llevase alguna carta á los barbados que decian estaban allá; mas él no halló quien quisiese ir con semejante recado de miedo del que los tenia que era gran señor y cruel, y tal, que sabiendo la embajada sin duda mandaria matar y comer al que la llevase. Viendo esto Cortès halagó tres isleños que andaban muy serviciales en su posada, dióles algunas cosillas, y rogòles que fuesen con la carta: los indios se escusaron mucho de ello porque tenian por cierto que los matarian; pero al fin pudieron tanto los ruegos y dádivas, que prometieron ir, y así escribiò luego una carta, que en suma decia asì. „Nobles señores, yo partì de Cuba con once navios de armada y con quinientos cincuenta españoles, y llegué aquí á *Acuzamil*, de donde os escribo esta carta. Los de esta isla me han certificado que hay en esa tierra cinco ó seis hombres barbados, y en todo muy semejantes á nosotros, no me saben dar razon ni decir otras señas; mas por éstas congeturo y tengo por cierto que sois españoles, y yo, y estos hidalgos que conmigo vienen á descubrir y poblar estas tierras, os rogamos mucho, que dentro de seis dias que recibieredes esta, os vengais con nosotros, sin poner otra dilacion ni escusa. Si vinieseis, todos conoceremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada, y la gratificarémos. Un bergantin envío en que vengais, y dos nàos para seguridad. *Fernando Cortés*." Escrita ya esta carta hallóse otro inconveniente para que no la llevasen, y era el no saber como llevarla encubierta para no ser vistos ni barruntados por espias de que los indios temian. Entonces Cortés se acordò de que iria bien envuelta en los cabellos de uno, y así tomò al que parecia mas avisado y para mas que los otros, y atóle la carta entre los cabellos, que de costumbre los traen largos, á la manera que se los atan ellos en las guerras ó fiestas, que es como trenzado à la frente. En el bergantin en que fueron estos indios, iba

por capitan Juan de Escalante, de las naves Diego de Ordáz, con cincuenta hombres para si fuesen menester: fueron pues estos navios, y Escalante echó los indios en tierra en la parte que le dijeron. Esperaron ocho dias, aunque no les dijeron sino que los esperarian seis, y como tardaban, creyeron que los habrian muerto ò cautivado, y tornáronse á *Acuzamil* sin ellos, cosa que sintieron mucho los españoles, y mas que todos Cortés, creyendo que no era verdad aquello de las barbas, y que tendrian falta de lengua. Mientras pasaban estas cosas se repararon los navios del daño que habian recibido con el temporal pasado, y se pusieron á punto, y así se partiò la flota luego que llegaron el bergantin y las dos naves.

CAPITULO II.

Venida de Gerónimo de Aguilar á Fernando Cortés.

Mucho les pesaba (á lo que mostraron) la partida de los cristianos à los isleños, y en especial al cacique *Calachuni*, y es cierto que à ellos se les hizo buen tratamiento y amistad. De Acuzamil fué la flota á tomar la costa de Yucatán, à donde es la punta de las mugeres, con buen tiempo, y surgió allí Cortés para ver la disposicion de la tierra, y la manera de la gente, que no le contentò. Otro dia siguiente (que fué carnestolendas) oyeron misa en tierra, hablaron á los que vinieron á verlos, y embarcados quisieron doblar la punta para ir à *Catoche*, y tentar que cosa era; pero antes que la doblasen, tiró la nào en que iba el capitan Pedro de Alvarado un cañonazo en señal de que corria peligro: acudieron allà todos á ver que cosa era, y como Cortès supo que era tanta agua, que con dos bombas no la podian agotar, y que si no tomando puerto no se podia remediar, tornóse á *Acuzamil* con toda la armada. Los de la isla acudieron luego á la mar muy alegres á saber que querian, ò que se habian olvidado, y los nuestros les contaron su necesidad, y se desembarcaron y remediaron el navio. El sábado siguiente se embarcò toda la gente, menos Fernando Cortés y otros cincuenta; revolvió entonces el tiempo con grande viento y contrario, que les impidió la marcha aquel dia. Duró aquella noche la furia del aire, pero amansó con el sol, y quedò la mar buena para poder embarcarse y navegar; pero por ser el primer domingo de cuaresma, determinaron oir misa y comer primero. Estando Cortés comiendo le digeron como atravesaba una canoa á la vela de Yucatàn para la isla, y que venia derecha ácia donde estaban las nàos surtas. Salió èl á mirar à donde iban, y como vió que se desviaba algo de la flota dijo á Andrés de Tapia, que fuese con algunos compañeros ácia la orilla del agua encubiertos, hasta ver si salian los hombres à tierra, y si saliesen se los trajesen. La canoa tomó tierra tras una punta ó abrigo, y salieron de ella cuatro hombres desnudos en carnes, sino era sus vergüenzas, los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente como mugeres, y con muchos arcos y carcaces en las manos, tres de los cuales tuvieron miedo cuando vieron cerca de sí á los españoles, que habian arremetido á ellos para cogerlos con las espadas desnudas, y querian huir de la canoa, y el otro se adelantò hablando à los compañeros en lengua que los españoles no entendieron, que no huyesen ni temiesen, y dijo luego en castellano: ¿Señores, sois cristianos? Respondieron que sí, y que eran españoles; alegróse tanto con esta respuesta, que lloraba de placer. Preguntó *si era miércoles*, que tenia unas horas que rezaba cada dia: rogóles que diesen gracias á Dios, y él hincóse de rodillas en el suelo, alzó las manos y ojos al cielo, y con muchas lágrimas hizo oracion à Dios, dándole gracias infinitas por la merced que le hacia en sacarlo de entre infieles y hombres infernales, y ponerle entre cristianos y hombres de su nacion. Andrès de Tapia se llegó á él, y lo ayudó á levantar, y lo abrazò, y lo mismo hicieron los demas españoles, y él dijo á los tres indios que lo siguiesen, y vínose con aquellos españoles hablando y preguntando cosas hasta donde estaba Cortés, el cual le recibiò muy bien, y le hizo vestir, y le dió todo lo que hubo menester con gusto de tenerle en su poder: le preguntò su desdicha, y como se llamaba; èl respondiò alegremente delante de todos, „Señor yo me llamo *Gerónimo de Aguilar* y soy *de Ezija*, y perdime de esta manera. Estando en la guerra del Darien, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicueza, y Vasco Nuñez Balbóa, acompañé á Valdivia, que vino en una pequeña carabela à Santo Domingo á dar cuenta de lo que allí pasaba al almirante y gobernador, y por gente y vitualla, y á traer 20000 ducados del rey el año de 1511, y ya que llegábamos á Jamaica, se perdio la carabela en los bajos que llaman de las *Víboras*, y con dificultad entramos en el batél veinte hombres sin vela, sin agua, sin pan, y con muy mal avio de remos, y así anduvimos trece ó catorce dias, y al fin nos echó la corriente que allí es muy grande y recia, y siempre va tras el sol à esta tierra á una provincia que dicen *Maya*. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. A Valdivia y à otros cuatro sacrificó á sus ídolos un malvado cacique à cuyo poder venimos, y despues se los comió haciendo fiesta y plato de ellos á otros indios: y yo y otros seis quedamos en *caponera* à engordar para otro banquete y ofrenda. Por huir de tan abominable muerte, rompimos la prision y nos escapamos por unos montes, y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquel, y hombre humano, que se dice Aquinquz señor de Xamanzana, el cual nos amparò y dejó las vidas con servidumbre; pero vivió poco. Despues acá yo hé estado con Taxmar que le sucedió; poco á po-

co se murieron los otros cinco españoles nuestros compañeros, y no hay sino yo, y un Gonzalo Guerrero marinero, que està con *Nachancan* señor de *Chetemal*, el cual se casó con una señora rica de aquella tierra y en quien tiene hijos, y es capitan de *Nachancan*, y muy estimado por las victorias que le gana en las guerras que tiene con sus comarcanos. Yo le envié la carta de vd. y le rogué que se viniese, pues habia tan buena coyuntura y proporcion: él no quiso, creo que de vergüenza por tener oradadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos segun la costumbre de aquella tierra, y gente, ò por vicio de la muger y amor de los hijos." Gran temor y admiracion puso en los oyentes este cuento de Gerónimo de Aguilar, con decir que en aquella tierra comian y sacrificaban hombres, y por la desventura que aquel y sus compañeros habian pasado; pero daban gracias á Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara, y por tenerle por faraute cierto y verdadero, les pareció milagro haber hecho agua la náo de Alvarado, para que con aquella necesidad tornasen á la isla, donde sobreviniendo contrario viento fuesen constreñidos, hasta que este Aguilar viniese; que sin duda él fué la lengua y medio para hablar, entender, y tener cierta noticia de la tierra por donde entró, y fué Fernando Cortés; por cuyo motivo he querido alargarme en contar de la manera que vino á nuestra flota, como punto notable de esta historia. Ni dejaré de decir como enloqueció su madre de dicho Aguilar, cuando oyó decir que su hijo estaba cautivo en poder de gentes que comian hombres, y de allì adelante daba voces en viendo carne asada ó espetada, gritando: „desventurada de mì! este es „mi hijo y mi bien, no lo comais, que me da gran pena."

CAPITULO 12.

De como Cortès deshizo los ídolos en Acuzamil.

Luego á otro dia que Aguilar fué venido, tornò Cortés á hablar á los Acuzamilanos para informarse mejor de las cosas de la isla; pues serian bien entendidas con tan fiel intérprete, y para confirmarlos en la veneracion de la cruz, y apartarlos de la de los ìdolos, considerando que aquel era el verdadero camino para dejar la gentilidad y tornarse cristianos; y á la verdad la guerra y la gente con armas es para quitar á estos indios los ídolos, los ritos bestiales, y sacrificios abominables que tienen de sangre y comida de hombres, que derechamente es contra Dios y natura, porque con esto mas facilmente, mas presto y mejor reciben, oyen y creen à los predicadores, y toman el evangelio y el bautismo de su propio grado y voluntad, en que consiste la cristiandad y la fè. Gerónimo de Aguilar predicó aconsejándoles su salvacion, y con

lo que les dijo, ó porque ya ellos habian comenzado, se alegraron que les acabasen de derribar los ídolos, y aun ellos mismos ayudaron á ello, quebrando y desmenuzando lo que poco antes adoraban, y en un instante no dejaron ìdolo sano ni en pie estos españoles, y en cada capilla y altar ponian una cruz, y la imágen de nuestra Señora á quien todos aquellos isleños adoraban con gran devocion y oraciones, y ponian su incienso, ofrecian codornices, maiz, frutas, y las otras cosas que solian traer al templo por ofrenda; y tanta devocion tomaron con la imàgen de nuestra Señora de Santa Maria, que salian despues con ella á los navios españoles que tocaban en la isla, diciendo *Cortés*, *Cortés*, y cantando *Maria*, *Maria*, como hicieron á Alonso de Parada, á Pánfilo de Narvàez y á Cristobal de Olid, cuando pasaron por allí; y demas de esto rogaron á Cortès que les dejase quien les enseñase, como habian dé creer y servir al Dios de los cristianos; pero él no quiso de miedo no los matasen, y porque llevaba pocos clérigos y frailes en lo cual no acertó; pues de tan buena gana lo querian y pedian, aunque despues se ha poblado de cristianos.

CAPITULO 13.

De como se nombró la isla de Acuzamil Santa Cruz.

Llámanla los naturales Acuzamil, y corruptamente Cozumél. Juan de Grijalba que fué el primer español que entró en ella la nombró Santa Cruz, porque á 3 de mayo la viò. Tiene hasta diez leguas en largo y tres de ancho, aunque hay quien diga mas y menos. Está en veinte grados à la parte equinoccial ò poco menos, y cinco ó seis leguas de la punta de las mugeres. Tiene hasta dos mil hombres en tres lugares que hay. Las casas son de piedra y ladrillo con la cubierta de paja ó rama, y aun algunas de lanchas de piedra, los templos y torres de cal y canto muy bien edificadas. Tiene poca agua y ésta de pozos y llovediza. Calachuni es como decir cacique ò rey: son morenos, andan desnudos, si algun vestido traen es de algodon, y para tapar lo vergonzoso; crian largo cabello, y trenzànselo muy bien sobre la frente; son grandes pescadores, y asì el pescado es casi su principal manjar; bien que tiene mucho maiz para pan, muchas frutas y buenas; tiene tambien mucha miel, aunque agréa un poco y colmenares de á mil, y mas colmenas algo chicas; no sabian alumbrarse con la cera, enseñáronles los nuestros, y quedaron espantados y contentos: hay unos perros con rostro de raposo que castran y ceban para comer: no ladran: con pocos de ellos hacen casta las hembras; como hay sierras, y en lo bajo montes y pastos críanse muchos venados, puercos monteses, conejos y liebres aunque pequeñas, de todo lo cual mataron en cantidad los españoles con ballestas y

escopetas, y con los perros y liebres que llevaban, y sin la que comieron fresca, cenizaron, y curaron al sol mucha carne; retájanse, son idòlatras, sacrifican niños pero pocos, y muchas veces perros en su lugar; en lo demas de su trato, es gente pobre, pero caritativa y muy religiosa en aquella su falsa creencia.

CAPITULO 14.

De la religion que usan los de Acuzamil, y de sus templos ó cues.

El templo es como torre cuadrada, ancha del pie, y con gradas al rededor, derecha de medio arriba, y en lo alto hueca y cubierta de paja, con cuatro puertas ó ventanas con sus antepechos ó corredores. En aquello hueco que parece capilla, asientan ó pintan sus dioses, tal era el que estaba á la marina, en el cual habia un extraño ídolo, y muy diverso de los demas, aunque ellos son muchos y muy diferentes. Era el bulto de aquel ìdolo grande, he ho de barro, y cocido pegado á la pared con cal, á las espaldas de la cual habia una como sacristia donde estaba el servicio del templo, del ìdolo y de sus ministros. Los sacerdotes tenian una puerta secreta y chica hecha en la pared à par del ídolo. Por allì entraba uno de ellos, embutìase en el hueco del bulto, y hablaba y respondia à los que venian en devocion y con demandas. Con este engaño creian los simples hombres cuanto su dios les decia, al cual honraban mucho mas que à los otros, con sahumerios muy buenos hechos como pevetes ó de copal, que es como incienso, con ofrendas de pan, y frutas, con sacrificios de sangre de codornices y otras aves, y de perros y algunas veces de hombres. A causa de este oráculo è ídolo, acudian á esta isla de Acuzamil muchos peregrinos y gente devota y agorera de lejas tierras, y por eso habia tantos templos y capillas. Al pie de aquella misma torre estaba un cercado de piedra y cal, muy bien lucido y almenado, enmedio del cual habia una cruz de cal tan alta como diez palmos, á la cual tenian y adoraban como Dios de la lluvia; porque cuando no llovia, y habia falta de agua, iban á ella en procesion muy devotos, y le ofrecian codornices sacrificadas por aplacarle la ira y enojos que con ellos tenia, ó mostraba tener con la sangre de aquella simple avecilla. Quemaban tambien cierta resina à manera de incienso, y rociàbanla con agua. Tras esto tenian por cierto que luego llovia, tal era la religion de estos acuzamilanos, y no se pudo saber donde, ni como tomaron devocion con aquel Dios de cruz; porque no hay rastro ni señal en aquella isla, ni en otra parte de Indias que se haya predicado el evangelio, como mas largamente se dirá en otro lugar hasta nues-

tros tiempos, y nuestros españoles. Estos de Acuzamil estimaron mucho de allí adelante la cruz, como quien estaba hecho á tal señal (2).

CAPITULO 15.

En que se cuenta del pez Tiburón y otras cosas maravillosas.

Mes y medio gastó Cortès en lo que tenemos dicho hasta ahora despues que dejó á Cuba. Partióse pues de esta isla dejando a los naturales de ella muy amigos de españoles, y tomando mucha cera y miel que les dieron pasó á Yucatán, y fuese pegado á tierra para buscar el navio que le faltaba; y cuando llegó á la punta de las mugeres calmó el tiempo, y se estuvo allí dos dias esperando viento, en los cuales tomaron sal, que hay allí muchas salinas, y un tiburón con anzuelo y lazo no le pudieron subir al navio, porque ocupaba mucho lado y era chico, y el pez muy grande. Desde el batèl le mataron en el agua y le hicieron pedazos, y lo metieron dentro del batél y de él en el navio con los aparejos de guindar. Hallâronle dentro mas de cincuenta raciones de tocino en que aseguran habria diez tocinos que estaban á desolar, colgados al rededor de los navios, y como el tiburón es tragon, que por eso algunos le llaman ligurón, y hallò tan buena prevencion pudo engullir á su voluntad. Tambien se halló dentro de su buche un plato de estaño que cayó de la náo de Pedro de Alvarado, y tres zapatos desechados, y un queso. Esto afirman de aquel tiburón, y cierto él traga tan desaforadamente que parece increible; porque yo he oido jurar á Dios á personas de bien, que han visto muchas veces estos tiburones muertos y abiertos, que se han hallado dentro de ellos cosas, que si no las vieran las tuvieran por imposibles, como decir que un tiburón se tragó uno, dos y mas pellejos de carneros con la cabeza y cuernos enteros, como los arrojan á la mar por no pelarlos. Es el tiburón un pez largo y gordo, y algunos de ocho palmos de cinta, y de doce pies de largo: muchos de ellos tienen dos órdenes de dientes, una junto á otra, que parecen sierra ó almenas; la boca es á proporcion del cuerpo, el buche disforme de grande, tiene el cuero como tollo; el macho

---

[2]. *Santo Tomás Apóstol ó sea el gran Quetzalcohuatl fué el Apóstol que predicó en esta América, y el que enseñó á los indios á que adorasen la señal sagrada de la* cruz. *Este en el dia es punto incuestionable, y demostrado por las sàbias disertaciones del Dr. D. Servando Teresa de Mier. Véase su historia de la revolucion de Nueva España impresa en Lóndres años de* 1813 *y* 14.

tiene dos miembros para engendrar, y la hembra no mas de uno, la cual pare de una vez veinte ó treinta tiburoncillos, y aun cuarenta. Es pescado que acomete á una vaca y á un caballo cuando pace ó bebe à orillas de agua y de los rios, y se come un hombre como quiso hacer uno al Calachuni de Acuzamil, que le cortó los dedos de un pie, porque no lo pudo llevar todo entero porque le socorrieron. Es tan goloso, que se va tras una nào por comer lo que de ella echan y cáe, quinientas y aun mil leguas, y es tan ligero que anda mas que ella, aunque lleve el mas próspero viento; y dicen que tres tantos mas; porque al mayor correr de la nào, le da él dos y tres vueltas al rededor, y tan soméro, que se parece y ve como lo anda. No es muy bueno de comer por ser duro y desabrido, aunque bastece mucho un navio hecho tasajos en sal ó al aire. Cuentan aquellos de la armada de Cortés, que comieron del tocino que sacaron al tiburòn del cuerpo, que sabia mejor que lo otro, y que muchos conocieron sus raciones por las ataduras y cuerdas.

CAPITULO 16.

Que la mar crece mucho en Campeche no creciendo por allí cerca.

Con el buen tiempo que hizo luego se marchó de allí la flota en busca del navio perdido, y hacia Cortés entrar con los bergantines y barcas de nàos en los rios y calas á buscarlo; y aun estando al lado de Campeche surtos los navios en la playa, viendo los bergantines y barcos que andaban entre ciertas goletas á descubrir el que faltaba, por poco se quedaran en seco, aunque estaban casi una legua dentro de la mar; tanta es la menguante y creciente que hace allí. No crece asi sino la mar del labrador en Paria. Nadie sabe la causa de ello, aunque dan muchas, pero ninguna satisface, y dicen que si no fuera por esto que saltaran en tierra á vengar á Francisco Hernandez de Còrdova del daño que allì recibió. Navegando pues pegados siempre á tierra, emparejaron con una gran cala que ahora llaman puerto escondido, en la cual se hacen algunas isletas, y en una de ellas estaba el navio que buscaban. Cortès y todos se alegraron infinito de hallarle sano, y á toda la gente salva y buena, y lo mismo hicieron ellos por ser hallados, que tenian temor de si por estar solos y no bien proveidos, y la flota no fuese perdida ó hubiese pasado adelante, y sin duda no hubieran podido sufrir allì el hambre tanto tiempo, si no fuera por una lebrela; mas como ella los proveia y era por allì la derrota y camino de la armada, esperaron al capitan con harto miedo, no le hubiese sucedido otra como à Grijalba, ó á Francisco Hernandez de Córdova. Como surgieron todos al li

donde aquel navio estaba, y se holgaron unos con otros como era razon: preguntados como tenian por las jarcias tantos pellejos de liebres, conejos y venados, dijeron que luego que allí llegaron, vieron andar por la costa un perro ladrando y escarbando frente del navio, y que el capitan y otros salieron á tierra, y hallaron una lebrela de buen talle que se vino para ellos; halagólos con la cola saltando de unos á otros con las manos, y luego se fué al monte que estaba cerca, y de allí à poco volvió cargada de liebres y conejos, y al otro dia hizo lo mismo, y asi conocieron que habia mucha caza por aquella tierra, y se fueron tras ella con algunas ballestas que venian en el navio, y se dieron tan buena diligencia á cazar, que no solamente se habian mantenido de carne fresca los dias que allí habian estado (aunque era cuaresma), pero que tambien se habian bastecido de cecina de venados y conejos para muchos dias: en memoria de aquello pegaban por las jarcias las pieles de venados y conejos, y tendian al sol las de los ciervos para secarlos; no supieron si la lebrela fué de Còrdova ó de Grijalba.

CAPITULO 17.

Combate y toma de Pontóchan (hoy Champotón).

No se detuvo allí la flota, sino que se partió luego muy alegres todos en haber hallado á los que tenian por perdidos, y sin parar fueron hasta el rio de Grijalba, que en aquella lengua se dice Tabasco; no entraron dentro porque pareció que era la barra muy baja para los navios mayores, y asi echaron áncoras á la boca. Acudieron luego á mirar los navios y gente muchos indios, y algunos con armas y plumages, que segun parecia desde la mar eran hombres lucidos y de buen parecer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalba entrò por aquel mismo rio. A Cortès le pareció bien la traza de aquella gente, y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda en los navios grandes, metiò la demas gente española en los bergantines y batèles que venian por popa de las naos, y ciertas piezas de artilleria, y entróse con ello el rio arriba contra la corriente que era muy grande. A poco mas de media legua que subian por él, vieron un gran pueblo con las casas de adove y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera con bien gruesa pared, almenas y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Un poco antes que los nuestros llegasen al lugar salieron à ellos muchos barquillos, que allí llaman *thaucup*, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Gerònimo de Aguilar, rogàndoles recibiesen

bien à él y á sus compañeros, pues no venian á hacerles mal, sino á tomar agua dulce y á comprar que comer, como hombres que andando por la mar tenian necesidad de ello: por tanto que se lo diesen que ellos pagarian. Muy cortèsmente los de las barquillas dijeron que irian con aquel mensage al pueblo y les traérian respuesta y comida. Fueron y tornaron luego trayendo en cinco ó seis barquillos, pan, fruta y otros gallipabos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir, que aquello era muy corta provision para la necesidad grande que traian, y para tantas personas como venian en aquellos grandes bajeles, que ellos aun no habian visto por estar cerrados, y que les rogaba mucho que les trajesen bastante, ó le consintiesen entrar en el pueblo á abastecerse. Los indios pidieron aquella noche de término para hacer lo uno ó lo otro de aquello que les rogaba, y con esto se fueron al lugar, y Cortés à una islica que el rio hace á esperar la respuesta para otro dia de mañana. Cada uno de ellos pensò engañar al otro; porque los indios tomaron aquel espacio para tener tiempo de alzar aquella noche su ropilla, y poner en cobro sus mugeres è hijos por los montes y espesuras, y llamar gente á la defensa del pueblo, y Cortés mandò luego salir á la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aun se estaban en los navios, é hizo ir el rio abajo ó arriba à buscar vado. Entrambas cosas se hicieron aquella noche sin que los contrarios ocupados en solas sus cosas los sintiesen; porque todos los de las náos se vinieron donde Cortés estaba, y los que fueron á buscar vado andubieron tanto la rivera arriba tentando las corrientes, que á menos de media legua hallaron por donde pasar aunque hasta la cinta, y tambien hallaron tanta espesura, y tan cubiertos los montes por una y otra rivera, que pudieron llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos. Con estas nuevas señalò Cortés dos capitanes, y á cada uno ciento cincuenta españoles que fueron Alonso de Avila, y Pedro de Alvarado, y envió en esta misma noche con guia à meterse en aquellos bosques que estaban entre el rio y el lugar, con dos fines; uno, porque los indios viesen que no habia mas gente en la isleta que el dia antes; y otro, para que oyendo la señal que concertó, diesen en el lugar por la otra parte de tierra. Al otro dia al salir el sol vinieron hasta ocho barcas de indios armados mas que primero adonde los nuestros estaban; trajeron alguna poca comida, y dijeron que no podian dar mas, que los vecinos del pueblo habian echado á huir de ellos y de sus disformes navios; por tanto que les rogaban mucho tomasen aquello, y se tornasen á la mar, y no hiciesen desasosegar la gente de la tierra ni la alborotasen mas. A esto respondió Aguilar diciendo, que era inhumanidad dejarlos perecer de hambre, y que si le escuchasen la razon por qué habian venido allí, que verian cuanto bien y provecho se les seguiria de ello. Repli-

caron los indios que no querian consejo de gente que no conocian, ni menos acogerlos en sus casas, porque les parecian hombres terribles y *mandones*, y que si querian agua que la cogiesen del rio ó hiciesen pozos en tierra, que asi hacian ellos cuando la habian de menester. Viendo Cortés que eran por demas palabras, díjoles que en ninguna manera èl podia dejar de entrar en el lugar, y ver aquella tierra para dar y tomar relacion de ella al mayor señor del mundo que allí le enviaba, que lo tuviesen á bien, pues lo deseaba hacer por bien, y si no que se encomendaria à Dios, á sus manos y á las de sus compañeros. Los indios no decian mas de que se fuesen, y no quisiesen bravéar en tierra agena, porque en ninguna manera le consentirian salir á ella, ni entrar en su pueblo, antes le avisaban, que si luego no se iba de allí, que le matarian á él, y a cuantos con él iban.

CAPITULO 18.

En que se cuenta la batalla que se diò á los indios de Pontéchan.

No quiso Cortés hacer con aquellos bárbaros sino todo cumplimiento segun razon, y conforme à lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una, dos y mas veces con la paz á los indios antes de hacerles guerra, ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares, y así les torró à requerir con la paz y buena amistad, prometièndoles buen tratamiento y libertad, y ofrecièndoles la noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas, que se tendrian por bienaventurados despues de sabidas; pero que si todavia porfiaban en no acogerle y admitirle, que les apercibia y emplazaba para la tarde antes del sol puesto, porque pensaba con ayuda de Dios dormir en aquel pueblo en aquella noche, á pesar y daño de los moradores que rehusaban su buena amistad y conversacion y la paz. De esto se rieron mucho, y mofando se fueron al lugar á contar las soberbias y locuras que les parecia haber oido. Luego que se fueron los indios comieron los españoles, y de allí á poco se armaron y metieron en las barcas y bergantines, y aguardaron allí á ver si los indios tornaban con alguna buena respuesta; pero como declinaba ya el sol y no venian, avisó Cortès à los españoles que estaban puestos en celada, y él embrazó su rodéla, y llamando á Dios, à Santiago y á S. Pedro su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serian hasta doscientos, y llegando á la cerca que tocaba en agua, y los bergantines á tierra, soltaron los tiros, y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron à combatir la cerca y baluartes, y á pelear con los enemigos que habia rato que les tiraban saetas, varas y pie-

dras con hondas y á manos, y entonces viendo cerca de sì los contrarios, peleaban reciamente de las almenas á lanzadas, y flechando muy á menudo por las saèteras y travesias del muro en que hirieron casi veinte españoles; y aunque el humo, el fuego y trueno de los tiros los espantó y embarazó, y derribó en el sueo de temor en oir y ver cosa tan temerosa, y por ellos jamas vista, no desampararon la cerca ni la defensa; tambien los nuestros resistian igualmente la fuerza y golpes de sus contrarios, y no les dejaron entrar por allì, si no por detras salteados; luego que los trescientos españoles oyeron la artilleria desde donde estaban emboscados, que era la señal para acometer ellos tambien, arremetieron al pueblo; y como toda la gente de èl estaba embebecida peleando con los que tenian delante, y les querian entrar por el rio, halláronlo solo y sin resistencia por la parte que ellos habian de entrar, y entraron con grandes voces hiriendo al que encontraban. Entonces los del lugar conocieron su descuido, y quisieron socorrer aquel peligro, y asì aflojaron por donde Cortés estaba peleando, y pudo entrar con los que à su lado acometian sin otro peligro ni contradiccion; y así unos por una parte, y otros por otra, llegaron á un tiempo á la plaza peleando siempre con los vecinos, de los que no quedó ninguno en el pueblo, sino los muertos y presos, que los otros lo desampararon y se fueron á meter en los montes con las mugeres que estaban allá. Los españoles escudriñaron las casas, y no hallaron sino maiz y gallipabos, y algunas cosas de algodon y poco rastro de oro, que no estaban dentro mas de cuatrocientos hombres de guerra à defender el lugar. Derramóse mucha sangre de indios en la toma de este lugar por pelear desnudos: heridos fueron muchos, y cautivos quedaron pocos: no se contaron los muertos. Cortès se aposentó en el templo de los ídolos con todos los españoles, y cupieron muy á placer porque tenian unos patios y salas muy buenas y grandes. Durmieron allí aquella noche á buena guarda como en casa de enemigos, mas los indios no osaron hacer nada. De esta manera se tomó Pontóchan ó Champotón que fué la primera ciudad que Fernando Cortés ganò por fuerza en lo que descubrió y conquistó (viernes 25 de marzo de 1519).

CAPITULO 19.

De las demandas y respuestas entre Cortès y los pontochanos.

Otro dia por la mañana hizo Cortés venir ante sí los indios heridos y presos, y mandóles por su faraute ir á donde estaba el señor con los demas indios del lugar á decirles, que del daño hecho ellos se tenian la culpa y no los cristianos, que les habian rogado con la paz tantas veces, y que si querian vol-

verse á sus casas y pueblo lo podian hacer seguramente, que él les prometia por su Dios que no les seria hecho el menor enojo de esta vida, sino todo placer y buen tratamiento, y al señor que si no se confiaba de la palabra y fè que le daba, que le daria rehenes, porque deseaba mucho hablarle y conocerle, é informarse de él de algunas cosas que deseaba saber, y darle noticia de otras que se alegraria saber y se aprovecharia; y que si no queria venir, que supiese de cierto que él lo iria à buscar, y á proveerse de bastimentos por sus dineros; despidiólos con esto, y enviólos contentos y libres que ellos no pensaban. Los indios fueron muy alegres, y dijeron á los otros vecinos lo que les fuè mandado; pero no vino hombre de ellos, antes se juntaron para dar en los nuestros de sobresalto, creyendo hallarlos descuidados ò encerrados á donde los pudiesen pegar fuego, si de otra manera no se pudiesen vengar. Envió tambien sin estos indios á ciertos españoles por tres caminos que se descubrian, y que todos iban à dar segun despues se supo, à las labranzas y maizales del pueblo, y así los llevó el camino á donde estaban muchos indios, con los cuales escaramuzaron por tráer alguno al captan que lo examinase en el lugar; y ellos dijeron como todos los de aquella tierra y sus comarcas se andaban juntando para pelear con todo su poder y fuerzas, y dar batalla á aquellos pocos forasteros, y matarlos y comérselos como enemigos y salteadores: dijeron mas, que tenian concertado entre sí, que si fuesen vencidos por mala dicha suya, de servir en adelante como esclavos à señores. Cortès los envió libres como à los otros, y á decir á la junta y capitanes que no se pusiesen en aquello, que era locura pensar vencer, ni matar aquellos pocos hombres que allí veian, y que si no peleaban y dejaban las armas, él les prometia tenerlos y tratarlos como à hermanos y buenos amigos; y si perseveraban en la enemiga y guerra, que èl los castigaria de tal manera, que de allí adelante jamas tomasen armas para semejante gente, como él y sus españoles. Con lo que estos mensageros dijeron allá ó por espiar algo, vinieron otro dia veinte personas de autoridad y principales entre los suyos al pueblo: tocaron la tierra con los dedos y alzáronlos al cielo, que es la salva y reverencia que acostumbran hacer, y dijeron al capitan Cortés, que el señor de aquel pueblo y otros señores vecinos y amigos suyos, le enviaban á rogar que no quemase el lugar, y que le traerian mantenimientos. Cortés les dijo, que no eran hombres los suyos que se enojaban con las paredes, ni aun tampoco con los otros hombres, sino con muy grande y justa razon, ni habian venido allí para hacer mal, sino para hacer bien, y que su señor viniese y conoceria presto cuanta verdad les decia en todo aquello, y cuan en breve él y los suyos sabrian grandes misterios y secretos de cosas jamas llegadas a sus noticias, conque mucho se holgáron. Con es-